La misión integral de Dios en la ciudad: perspectivas bíblico-teológicas



Jorge H. Barro

LA TRANSFORMACIÓN DE LA CIUDAD es uno de los objetivos centrales de la misión de Dios. Ésta ocupa un lugar prominente en toda la Biblia. Así como la primera ciudad construida por Caín fue el fruto de su desobediencia a Dios, su juicio, a pesar de ello, no ha tenido por objetivo su destrucción, sino su restauración integral. De la misma manera debe pasar con la iglesia, que al denunciar los aspectos injustos de la ciudad, busca traer la restauración y la reconciliación por medio de la justicia, paz y alegría: señales visibles del reino de Dios. No existe mejor manera de realizar la tarea misionera en Brasil que por medio de la misión integral. Cuando la iglesia desarrolla su trabajo sin la perspectiva de la integralidad del evangelio, su misión no sólo deja de ser integral, sino que pasa a ser parcial, y por lo tanto cojea. Un proyecto que es parcial prioriza una cosa en detrimento de otra. El pacto de Lausana resalta bien este aspecto, denunciando la dicotomía anteriormente analizada:

> *El mensaje de la salvación implica también un mensaje de juicio a toda forma de alienación, opresión y discriminación, y no debemos temer el denunciar el mal y la injusticia dondequiera que existan. Cuando la gente recibe a Cristo, nace de nuevo en Su Reino y debe manifestar a la vez que difundir Su justicia en medio de un mundo injusto. La salvación que decimos tener, debe transformarnos en la totalidad de nuestras responsabilidades, personales y sociales. La fe sin obras es muerta. (LCWE, 1974:6, énfasis añadido).*

En este aspecto, la iglesia brasileña ha separado durante décadas la palabra de las obras y las obras de la palabra, algo que Jesús mismo no hizo. Él fue "un profeta poderoso en palabras y en obras delante de Dios y de todo el pueblo" (Lc 24:19).

El Dr. Jorge Henrique Barro es Director de la Faculdade Teológica Sul Americana de



Londrina, Brasil; Vice-Presidente de la Fraternidad Teológica Latinoamericana; y pastor presbiteriano. Ha publicado varios libros, mayormente sobre misión urbana, su especialidad. Este artículo fue tomado de Missão Integral Transformadora, (cap.7), Ed. Descoberta, 2005. Usado con permiso. Traducción: Sofía Astorquia.

En este capítulo, teniendo como objetivo la misión integral en el contexto urbano, mirando la transformación urbana, procuraremos responder a tres preguntas:

- ¿Qué piensa Dios de la ciudad?
- ¿Dónde está Dios en la ciudad?
- Y ¿qué quiere Dios que su iglesia sea en la ciudad?[1]

Pero antes de responder es necesario reflexionar sobre algunos aspectos bíblico– teológicos con respecto a la ciudad. La iglesia vive dos realidades: *del jardín del Edén a la nueva Jerusalén y después del jardín del Edén y antes de la nueva Jerusalén.*

Del jardín del Edén a la nueva Jerusalén: La ciudad en la Biblia

Existen dos imágenes claras en la Biblia con respecto a la geografía de la humanidad: *el jardín del Edén y la nueva Jerusalén*. El jardín prefigura la armonía con Dios y la nueva Jerusalén como la ciudad redimida, se caracteriza por la diversidad en la unidad. Diversidad porque se trata de una "gran multitud que nadie puede contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas…" Y esa riqueza multi-étnica, multi-cultural, multi-lingüística se une para celebrar al Cordero. *Unidad* porque estas naciones, tribus, pueblos y lenguas ahora estarán "en pié delante del Cordero, vestidos con vestiduras blancas, con palmas en las manos y clamaban en gran voz diciendo: A nuestro Dios, que se sienta en el trono, y al Cordero, pertenece la salvación" (Ap 7:9-10). El Cordero, que redimió y salvó estas naciones, tribus y pueblos es quien los une y todos claman: ¡al Cordero pertenece la salvación! Esa es la belleza y la riqueza de una ciudad marcada por la diversidad (señal de la creatividad y el respeto de Dios para con todas las culturas) que se unifica en Cristo, el Cordero. Así, se desarrollar la dramática historia de la humanidad. La humanidad ahora, incluidos nosotros, vive en un período *pos – pre*: pos–jardín y pre–nueva Jerusalén. Y en ese período es en el que somos llamados a vivir: *en el recuerdo de lo que era y en la esperanza de lo que vendrá*; entre el trauma del pecado y la esperanza de la redención; entre el ya y el todavía no. Es en ese período en el que somos convocados a vivir y desarrollar nuestra misión. La Biblia revela la historia de un pueblo peregrino, que va de ciudad en ciudad en busca de la tierra prometida. Pasa a ser, por lo tanto, la historia de la redención y de la salvación del ser humano, que es, por encima de todo, una historia del amor de Dios que busca y redime a su pueblo de sus pecados.

Nuestra historia se da en ese período desde el jardín a la ciudad santa. No podemos olvidarnos de ninguno de ellos. El jardín nos recuerda (1) cual era el propósito de Dios para la humanidad y también (2) cual fue la decisión y la respuesta del ser humano a ese propósito.

1 Muchas de las ideas aquí desarrolladas fueron extraídas de Cânon Alun Evans, en http://www.swanseastmary.fsnet.co.uk/Lecture.htm. (Capturado el 04/05/2005).

Olvidar el jardín es olvidarnos de donde venimos. No podemos recordar el jardín únicamente como la geografía de la tentación y el pecado. Mi percepción es que recordamos mucho más el pecado y la serpiente (tentadora) que al mismo Dios. Eso demuestra la tendencia que tenemos para recordar más las cosas ruines y negativas. Precisamos y debemos recordar que "Dios paseaba por el jardín, al aire del día" (Gn 3:8). Dios no solamente andaba por el jardín, sino que también hablaba. El jardín es una demostración clara de que Dios es el *Dios–de–la–relación*. Antes de la decisión errada del ser humano, su hablar era y continúa siendo el hablar que busca la relación con su criatura: *¿dónde estás?* (Gn 3.9).

Hasta el día que estemos en la nueva Jerusalén, desde las cuatro esquinas de la tierra, continuará el eco de la misma voz: *¿dónde estás?* Ese 'dónde estás', además de revelar el carácter y el clamor amoroso de Dios, también revela nuestro carácter y nuestra disposición para el pecado. Fue por causa de esta disposición para el pecado que Dios "lo sacó del jardín del Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado" (Gn 3:23).

Dios, por medio de su iglesia, continúa preguntando a los expulsados del jardín: ¿dónde estás?

Tampoco podemos vivir el aquí y el ahora sin la visión de lo celeste. El protestantismo acertó en enseñarnos que no somos de este mundo, que nuestro hogar está en los cielos. Mas erró al no enfatizar que debemos vivir el *ahora* con el paradigma del *todavía no*. El celeste porvenir, la ciudad celestial, debe impulsarnos a vivir y desarrollar nuestra misión en la ciudad terrestre. Sin esa utopía (*u–topos*, una nueva geografía) y esperanza no tiene sentido vivir en este mundo. No somos llamados para vivir separados de él, sino separados *por Dios para el mundo*. Si el ser humano fue expulsado del jardín (Gn 3:24), en la nueva Jerusalén, informados por Juan, somos recibidos por Jesús, pues "nos lavó de nuestros pecados con sus sangre" (Ap 1:5). Cuando fuimos expulsados, anduvimos como errantes y sin techo en los asentamientos de la vida. Ahora, redimidos por la sangre del Cordero, entramos en las moradas y habitaciones preparadas por Él mismo.

Este es el contexto de la historia de la humanidad: de la expulsión al acogimiento, de la condenación a la redención, de los guardas querubines y sus espadas cortantes (Gn 3:24) al Cordero de Dios, de la servidumbre a la adoración. La pregunta sigue siendo la misma: *¿dónde estás?* Desde la expulsión del jardín del Edén hasta las puertas de la nueva Jerusalén continúa ese eco: *¿dónde estás?* Y ¿qué tiene que ver todo eso con la misión? Nuestra misión, que en verdad es primeramente la misión de Dios (*missio Dei*), es la de ayudar a las personas a responder a la pregunta: *¿Dónde estás?* Dios, por medio de su iglesia, continúa preguntando a los expulsados del jardín: *¿dónde estás?* Él pregunta porque su deseo es que "millones de millones y millares de millares" (Ap 5:11) puedan proclamar en alta voz: "El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza" (Ap 5:12).

Vimos que "la Biblia comienza con un jardín perfecto y termina con una ciudad perfecta" (LIM 1988:38). Si hay un comienzo y un fin hay también algo en el medio: *después del jardín del Edén y antes de la nueva Jerusalén*, la vida en la vieja Jerusalén.

Después del jardín del Edén y antes de la nueva Jerusalén: La vieja ciudad (Jerusalén)

Justo después de la expulsión del jardín del Edén, el ser humano tiene que recomenzar su vida. En el jardín tenía alimentos, frutas, sombra y agua fresca. Ahora, sin techo, "con dolor comerás de ella [tierra] todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás" (Gn 3:17-19). El ser humano tiene que "labrar la tierra de que fue tomado" Gn 3:23).

Es en ese período, después del jardín del Edén y antes de la nueva Jerusalén, en el que la trama de la historia humana se desarrolla. *Pan, sombra y agua fresca* pasan a ser el objetivo de la búsqueda desesperada del ser humano hasta hoy en día. *Pan* como símbolo del alimento diario. *Sombra* como símbolo de techo, casa y hogar. *Agua fresca* como símbolo de las cosas que sacian la sed del ser humano. En esta búsqueda encontramos una historia de belleza y maldad cuyo autor principal es el propio ser humano. Para conseguir esas cosas él es capaz de todo: de amar y odiar, de bendecir y maldecir, de salvar y matar, de construir y destruir. Y las ciudades pasan a ser parte integrante de esta historia. Ahí tenemos la ciudad de Babel y su torre.

Pero nosotros seguimos viviendo en la ciudad de en medio – después del jardín del Edén y antes de la nueva Jerusalén– es nuestra vieja Jerusalén.

La ciudad de Babel es, en mi opinión, un símbolo negativo de la relación entre el ser humano y Dios. Babel es justamente lo contrario de la intención que Dios tenía para la ciudad. Babel es la ciudad-madre de la secularización. Su propuesta era vivir una vida donde el centro de todas las cosas no era Dios, sino ellos mismos, queriendo que sus nombres fueran célebres (Gn 11:4). Ellos en el centro y Dios en la periferia. Un culto para ellos mismos.

> *Dijeron: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra. Y descendió Jehová para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres. Y dijo Jehová: He aquí el pueblo es uno, y todos éstos tienen un solo lenguaje; y han comenzado la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer. Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero. Así los esparció Jehová desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad. (Gén. 11:4-8).*

Dios toma esa actitud por entender que aquello era *sólo el comienzo*; o sea que, al estar unidos y hablar en la misma lengua, mucho más estaba por venir. Dios siempre se ha mostrado pa favor de la *inclusión* y no de la *exclusión* de los pueblos. Caminaba así la ciudad de Babel, con su torre, como una candidata a la dominación egocéntrica, superioridad cultural (misma lengua). Dios percibe eso y los dispersa. La ciudad que Dios desea es justamente opuesta a Babel. Es inclusiva, multicultural, multilingüística y multiétnica. La única adoración sería a Él y no la to-

rre. Desde bien temprano, Dios ya nos daba pistas de que el evangelio sería predicado, proclamado y vivido en un contexto multicultural. Que el desafío del evangelio iba a ser transcultural, aún dentro de una misma ciudad, como lo son las grandes ciudades del mundo de hoy. En Babel, ellos estaban buscando *la unidad en la uniformidad*: un pueblo viviendo junto en una gran ciudad, teniendo una torre y una lengua en común. Sin embargo, en nuestras ciudades de hoy, celebramos *la unidad en medio de la diversidad*. La diversidad de las lenguas, de las culturas, de las clases sociales, de las fiestas, etc… o sea, un mundo multicultural. Si nosotros, como iglesia, queremos hablar de modo relevante para este mundo, debemos aprender a convivir y a cruzar esas barreras culturales, raciales y sociales.

La uniformidad de la ciudad de Babel precisa dar paso a la rica diversidad de la nueva Jerusalén. En la Revelación del Apocalipsis las naciones marcharán hacia la ciudad, cada pueblo y cultura traerá sus dones y talentos frente a toda la humanidad. Será una *fiesta de las naciones*. *Naciones* que aparentemente fueron destruidas en el devenir de la historia irán hacia la ciudad de Dios, limpias y convertidas, trayendo su *gloria* dentro de ella. Esta es la belleza del bonito significado de la descripción que tenemos de la ciudad de Dios con doce puertas, cada una hecha de perlas, paredes de jaspe y con doce fundamentos, cada una con piedras preciosas diferentes, y las calles pavimentadas de oro: una rica diversidad que se une alrededor del trono de Dios.

Muchas de nuestras ciudades ilustran la diversidad de la ciudad moderna. Si andas por las calles de *São Paulo* encontrarás centenares de panaderías portuguesas. Entra en una librería y encontrarás un cristiano, un espiritista y un ateo buscando algo que les interese. Puedes escoger comer una estupenda ración de macarrones en el barrio Bexiga o una comida japonesa en el barrio de la Libertad. Si prefieres puedes degustar una porción de carne seca encebollada al son de un ruidoso parloteo, en algún bar de la ciudad. Al andar por el centro, acabarás inevitablemente tropezando con los puestos ambulantes, donde se compra casi de todo, y además acabas comiendo un pastel recién frito. Mendigos, hombres con traje y corbata, los colores de los equipos de fútbol, coches y mucha gente. Un microcosmos, un caleidoscopio cultural. Al final de los tiempos, los tesoros de las naciones serán redimidos y encontrarán su lugar en la ciudad de Dios, la nueva Jerusalén.

¿Sería mucho afirmar que Babel se convertirá en la nueva Jerusalén? La ciudad humana dará lugar a *la ciudad de Dios*. Exclusiva e uniforme, la ciudad pecadora con su alta torre, se transforma ahora en una ciudad abierta, diversa, que recibe con sus puertas abiertas día y noche. Pero nosotros seguimos viviendo en la ciudad de en medio *– después del jardín del Edén y antes de la nueva Jerusalén–* que es nuestra vieja Jerusalén. El tiempo en la ciudad ambigua está mezclado entre el bien y el mal, lo cierto y lo errado, lo bello y lo horrible, la riqueza y la pobreza, lo frágil y lo fuerte, los poderosos y los sin voz. Una ciudad que nos alegra y también una ciudad llena de situaciones que nos causa pavor. Es un lugar incierto. Y en verdad no sabemos muy bien qué hacer con esto. Y no sabiendo qué hacer, entonces nos hacemos preguntas:

- ¿Qué piensa Dios de la ciudad?
- ¿Dónde está Dios en la ciudad?
- Y ¿qué quiere Dios que su iglesia sea en la ciudad?

Creo que nuestras respuestas a estas preguntas indicarán algunos caminos para desarrollar la misión integral, ayudándonos a ver la ciudad con los ojos de Dios, guiando nuestra reflexión mientras caminamos y vivimos en los modernos centros actuales.

¿Qué piensa Dios de la ciudad?

Si quisiéramos hablar sobre la visión de Dios, debemos comenzar por el centro de todo, por *el amor de Dios por la ciudad*. La mayoría de las personas la ve como centro de maldad, crueldad, impiedad, impunidad, criminalidad, corrupción y otros distintivos. Es cierto que todas esas situaciones y aún muchas otras, son parte cotidiana de los centros urbanos. Pero no debe ser éste el primer tema a abordar. Primero vamos a tratar el amor de Dios, porque *Dios amó al mundo*. Al crear todas las cosas, vio Dios que eran buenas. Su visión fue la visión de bondad y belleza (Gn 1:31). Si existe algo que necesita ser cambiado en nuestra perspectiva en relación a la ciudad es nuestra visión, o sea, el modo cómo la vemos, pues esto determinará nuestra relación con la misma. *Dime cual es tu teología y yo te diré cual es tu relación con la ciudad*.

En segundo lugar, Dios ama a la ciudad *como si fuese suya*. En Ezequiel tenemos una profunda descripción del amor de Dios en este sentido:

> *(1) Vino a mi palabra del Señor diciendo: (2) "Hijo de hombre, notifica a Jerusalén sus abominaciones (3) y di: Así ha dicho el Soberano, el Señor sobre Jerusalén: Tu origen, tu nacimiento, es de la tierra de Canaán; tu padre fue amorreo y tu madre una hetea. (4) Y en cuanto a tu nacimiento: el día que naciste no fue cortado tu ombligo, ni fuiste lavada con aguas para limpiarte, ni salada con sal, ni fuiste envuelta con fajas. (5) No hubo ojo que se compadeciese de ti para hacerte algo de esto, teniendo de ti misericordia; sino que fuiste arrojada sobre la faz del campo, con menosprecio de tu vida, en el día que naciste. (6) Y yo pasé junto a ti, y te vi sucia en tus sangres y cuando estabas en tus sangres te dije: ¡Vive! (7) Te hice multiplicar como la hierba del campo; y creciste y te hiciste grande, y llegaste a ser muy hermosa; tus pechos se habían formado, y tu pelo había crecido; pero estabas desnuda y descubierta. (8) Y pasé yo otra vez junto a ti, y te miré, y he aquí que tu tiempo era tiempo de amores; y extendí mi manto sobre ti, y cubrí tu desnudez; y te di juramento y entré en pacto contigo, dice el Señor, y fuiste mía. (9) Te lavé con agua, y lavé tus sangres de encima de ti, y te ungí con aceite. (10) Y te vestí de bordado, te calcé de tejón, te ceñí de lino y*

te cubrí de seda. (11) Te atavié con adornos, y puse brazaletes en tus brazos y collar a tu cuello. (12) Puse joyas en tu nariz, y zarcillos en tus orejas, y una hermosa diadema en tu cabeza. (13) Así fuiste adornada de oro y de plata, y tu vestido era de lino fino, seda y bordado; comiste flor de harina de trigo, miel y aceite; y fuiste hermoseada en extremo, prosperaste hasta llegar a reinar. (14) Y salió tu renombre entre las naciones a causa de tu hermosura; porque era perfecta, a causa de mi hermosura que yo puse sobre ti, dice el Señor. (Ezq. 16:1-14)

Jerusalén es como un bebé huérfana recién nacida que Dios adopta. Dios ama la ciudad al punto de declarar que ella le pertenece a Él - "…y fuiste mía" (v. 8). A pesar de ello, existe por ahí una idea no bíblica de que la ciudad pertenece a Satanás. El mundo yace en el maligno, pero la Biblia jamás afirma que el mundo pertenezca al maligno. En la tentación en el desierto, Satanás se presenta proponiendo a Jesús que le adorase y como consecuencia de ello, le daría todos los reinos de este mundo. ¿Cómo alguien puede dar algo si no es de él?

Aquel que ama es también aquel que escoge, demuestra compasión y justicia para con la ciudad. Esta es la tercera manera como Dios ve la ciudad: Él la ve *a través de la compasión y la justicia*. Compasión porque tiene capacidad de llorar y derramar lágrimas por el estado de la ciudad. Al ver Jerusalén, Jesús lloró (Lc. 13:34-35). Fue un llanto que demostró cuánto Él la amaba y también por ver el estado de pecado en que ella se encontraba. Fue como el llanto de una madre que siente el dolor de una hija que se va; de ahí la imagen de la gallina y sus polluelos.

La continuación del texto de Ezequiel, deja patente esa manera compasiva y justa de mirar de Dios:

(15) Pero confiaste en tu hermosura, y te prostituiste a causa de tu renombre, y derramaste tus fornicaciones a cuantos pasaron; suya eras. (16) Y tomaste de tus vestidos, y te hiciste diversos lugares altos, y fornicaste sobre ellos; cosa semejante nunca había sucedido, ni sucederá más. (17) Tomaste asimismo tus hermosas alhajas de oro y de plata que yo te había dado, y te hiciste imágenes de hombre y fornicaste con ellas; (18) y tomaste tus vestidos de diversos colores y las cubriste; y mi aceite y mi incienso pusiste delante de ellas. (19) Mi pan también, que yo te había dado, la flor de harina, el aceite y la miel, con que yo te mantuve, pusiste delante de ellas para olor agradable; y fue así, dice el Señor. (20) Además de esto, tomaste tus hijos y tus hijas que habías dado a luz para mí, y los sacrificaste a ellas para que fuesen consumidos. ¿Eran poca cosa tus fornicaciones (21) para que degollases también a mis hijos y los ofrecieras a aquellas imágenes como ofrenda que el fuego consumía? (22) Y con

todas tus abominaciones y tus fornicaciones no te has acordado de los días de tu juventud, cuando estabas desnuda y descubierta, cuando estabas envuelta en tu sangre. (23) Y sucedió que después de toda tu maldad (¡ay, ay de ti! dice Jehová el Señor), (24) te edificaste lugares altos, y te hiciste altar en todas las plazas. (25)En toda cabeza de camino edificaste lugar alto, e hiciste abominable tu hermosura, y te ofreciste a cuantos pasaban, y multiplicaste tus fornicaciones. (26) Y fornicaste con los hijos de Egipto, tus vecinos, gruesos de carnes; y aumentaste tus fornicaciones para enojarme. (27) Por tanto, he aquí que yo extendí contra ti mi mano, y disminuí tu provisión ordinaria, y te entregué a la voluntad de las hijas de los filisteos, que te aborrecen las cuales se avergüenzan de tu camino deshonesto. (28) Fornicaste también con los asirios, por no haberte saciado; y fornicaste con ellos y tampoco te saciaste. (29) Multiplicaste asimismo tu fornicación en la tierra de Canaán y de los caldeos, y tampoco con esto te saciaste. (30) ¡Cuán inconstante es tu corazón, dice el Señor, habiendo hecho todas estas cosas, obras de una ramera desvergonzada, (31) edificando tus lugares altos en toda cabeza de camino, y haciendo tus altares en todas las plazas! Y no fuiste semejante a ramera, en que menospreciaste la paga, (32) sino como mujer adúltera, que en lugar de su marido recibe a ajenos. (33) A todas las rameras les dan dones; mas tú diste tus dones a todos tus enamorados; y les diste presentes, para que de todas partes se llegasen a ti en tus fornicaciones. (34) Y ha sucedido contigo, en tus fornicaciones, lo contrario de las demás mujeres: porque ninguno te ha solicitado para fornicar, y tú das la paga, en lugar de recibirla; por esto has sido diferente. (35) Por tanto, ramera, oye palabra del Señor (36) Así ha dicho el Señor: Por cuanto han sido descubiertas tus desnudeces en tus fornicaciones, y tu confusión ha sido manifestada a tus enamorados, y a los ídolos de tus abominaciones, y en la sangre de tus hijos, a los cuales les diste; (37) por tanto, he aquí que yo reuniré a todos tus enamorados con los cuales tomaste placer, y a todos los que amaste, con todos los que aborreciste; y los reuniré alrededor de ti y les descubriré tu desnudez, y ellos verán toda tu desnudez. (38) Y yo te juzgaré por las leyes de las adúlteras, y de las que derraman sangre; y traeré sobre ti sangre de ira y de celos. (39) Y te entregaré en manos de ellos; y destruirán tus lugares altos, y derribarán tus altares, y te despojarán de tus ropas, se llevarán tus hermosas alhajas, y te dejarán desnuda y descubierta. (40) Y harán subir contra ti muchedumbre de gente, y te apedrearán, y te atravesarán con sus espadas. (41) Quemarán tus casas a fuego, y harán en ti juicios en presencia de

muchas mujeres; y así haré que dejes de ser ramera, y que ceses de prodigar tus dones. (42) Y saciaré mi ira sobre ti, y se apartará de ti mi celo, y descansaré y no me enojaré más. (43) Por cuanto no te acordaste de los días de tu juventud, y me provocaste a ira en todo esto, por eso, he aquí yo también traeré tu camino sobre tu cabeza, dice el Señor; pues ni aún has pensado sobre toda tu lujuria. (44) He aquí, todo el que usa de refranes te aplicará a ti el refrán que dice: Cual la madre, tal la hija. (45) Hija eres tú de tu madre, que desechó a su marido y a sus hijos; y hermana eres tú de tus hermanas, que desecharon a sus maridos y a sus hijos; vuestra madre fue hetea, y vuestro padre amorreo. (46) Y tu hermana mayor es Samaria, ella y sus hijas, que habitan al norte de ti; y tu hermana menor es Sodoma con sus hijas, la cual habita al sur de ti. (47) Ni aun anduviste en sus caminos, ni hiciste según sus abominaciones; antes, como si esto fuera poco y muy poco, te corrompiste más que ellas en todos tus caminos. (48) Vivo yo, dice el Señor, que Sodoma tu hermana y sus hijas no han hecho como hiciste tú y tus hijas. (49) He aquí que esta fue la maldad de Sodoma tu hermana: soberbia, saciedad de pan, y abundancia de ociosidad tuvieron ella y sus hijas; y no fortaleció la mano del afligido y del menesteroso. (50) Y se llenaron de soberbia, e hicieron abominación delante de mí, y cuando lo vi las quité. (51) Y Samaria no cometió ni la mitad de tus pecados; porque tú multiplicaste tus abominaciones más que ellas, y has justificado a tus hermanas con todas las abominaciones que tú hiciste. (52) Tú también, que juzgaste a tus hermanas, lleva tu vergüenza en los pecados que tú hiciste, más abominables que los de ellas; más justas son que tú; avergüénzate, pues, tú también, y lleva tu confusión, por cuanto has justificado a tus hermanas. (53) Yo, pues, haré volver a sus cautivos, los cautivos de Sodoma y de sus hijas, y los cautivos de Samaria y de sus hijas, y haré volver los cautivos de tus cautiverios entre ellas, (54) para que lleves tu confusión, y te avergüences de todo lo que has hecho, siendo tú motivo de consuelo para ellas. (55) Y tus hermanas, Sodoma con sus hijas y Samaria con sus hijas, volverán a su primer estado; tú también y tus hijas volveréis a vuestro primer estado. (56) No era tu hermana Sodoma digna de mención en tu boca en el tiempo de tus soberbias, (57) antes que tu maldad fuese descubierta. Así también ahora llevas tú la afrenta de las hijas de Siria y de todas las hijas de los filisteos, las cuales por todos lados te desprecian. (58) Sufre tú el castigo de tu lujuria y de tus abominaciones, dice el Señor. (59) Pero más ha dicho el Señor: ¿Haré yo contigo como tú hiciste, que menospreciaste el juramento

Esta fue la maldad de Sodoma tu hermana: soberbia, saciedad de pan y abundancia de ociosidad tuvieron ella y sus hijas; y no fortaleció la mano del afligido y del menesteroso.

para invalidar el pacto? (60) Antes yo tendré memoria de mi pacto que concerté contigo en los días de tu juventud, y estableceré contigo un pacto sempiterno. (61) Y te acordarás de tus caminos y te avergonzarás, cuando recibas a tus hermanas, las mayores que tú y las menores que tú, las cuales yo te daré por hijas, mas no por tu pacto (62) sino por mi pacto que yo confirmaré contigo; y sabrás que yo soy el Señor. (63) para que te acuerdes y te avergüences, y nunca más abras la boca, a causa de tu vergüenza, cuando yo perdone todo lo que hiciste, dice el Señor. (Ezq. 16:15-63)

Esas palabras deben ser leídas bajo la óptica del que ha sido traicionado y abandonado. Dios sufre al ver a la ciudad corrompiéndose y alejándose de Él. A pesar de pronunciar su justicia, el final de todo es este: "por mi pacto que yo confirmaré contigo; y sabrás que yo soy el Señor. Cuando yo perdone todo lo que hiciste…" (Ez 16:62-64).

Finalmente, Dios se regocija en la ciudad, queriendo *redimir y no olvidar su creación*. Dios desea redimirla reconstruyendo la *vieja* Jerusalén que será remodelada y reconstruida en la *nueva* Jerusalén. Esa reconstrucción puede ser física, económica, política y espiritual. Cuántas instituciones y movimientos maravillosos nos encontramos en los espacios urbanos. Son, en mi opinión, brazos de Dios buscando su restauración y redención. La multitud de centros de día, asilos, orfanatos, hogares, distribución de comida, casas de recuperación, son expresiones del amor redentor de Dios. Desde el punto de vista cultural, la restauración de las plazas, parques y lugares turísticos son también obras dignas para manifestar la gloria de Dios. La iglesia con la ciudad será aquella que trabaja para su reconstrucción y redención.

Aquellos que creen que Dios está lejos observando el drama de la vida, tienden también a tener una iglesia distante, que no participa de la vida cotidiana; tienden a desarrollar una espiritualidad de geografías, o sea, de lugares sagrados para encontrarse con Él.

¿Dónde está Dios en la ciudad?

¿Dónde está Dios en todo eso? Es la pregunta que muchos hacen en medio del caos urbano. La respuesta es simple: ¡Dios está en el puro centro de todo eso! En medio del desorientado y confundido, del frágil y del vulnerable, del moribundo y de la muerte. Él no está cómodamente sentado en una silla celestial, mirando la vida humana. Y ese es el lugar dónde la iglesia debe estar también. Aquellos que creen que Dios está lejos observando el drama de la vida, tienden también a tener una iglesia distante, que no participa de la vida cotidiana; tienden a desarrollar una espiritualidad de geografías, o sea, de lugares sagrados para encontrarse con Él. Por esta razón, muchas personas oran así al entrar en una iglesia: " Señor, ahora que entramos en tu presencia…" Y la pregunta que surge es: ¿cuándo salimos? Sencillamente: al salir de la iglesia. Dios se limitaría a nuestra visión. Desafortunadamente, los teólogos sistemáticos no nos ayudan mucho en este aspecto. Parece que enfatizan más el Dios *absconditus* que el Dios Emanuel. Más el Dios de los ojos gigantes que el Dios con manos solidarias. Yo lucho constantemente para poder ver a Dios en medio de la vida humana. Me re–educo para poder ver a Dios en medio de la vida. Traigo a mi memoria a su Hijo, que es el Dios con nosotros, que se hizo presente entre los pobres, los débiles; que iba a

fiestas, comía con pecadores, que era solidario con los enfermos, que se compadecía de gente repleta de pecados. ¿Dónde está Dios en todo esto? Él está aquí, en medio de todo. Él está donde su creación está, pues si no estuviese en medio de su creación, sería un Dios inoperante y no relacional. ¡Pero no! Donde esté el necesitado y el afligido, Él también está para socorrer. Él está en relación e interacción. Es posible ver a Dios exactamente de forma contraria a la aquí descrita, pero yo me niego a ello.

Jesús dice “lo que no hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis.” (Mt 25:45). Dejar de hacer es no ser compasivo y amoroso. Cuando buscamos suplir las necesidades del prójimo, allí está Dios en medio de todo, a través de nosotros. Jesús también dice en la parábola del Buen Samaritano, “ve y haz lo mismo” (Lc. 10:37). Nos volvemos como Cristo para con el prójimo cuando vamos y hacemos lo mismo. Cuando acudimos al necesitado, limpiamos su herida y lo despedimos en paz. Dios está en medio de nuestras relaciones. Nos convertimos en la presencia real de Dios cuando, en nuestras ciudades de hoy, encarnamos actitudes de compasión y amor provenientes de Dios.

En el libro del Apocalipsis tenemos una pista de cómo es el plan de Dios para la ciudad. Allí Dios habitará finalmente con su pueblo. En la ciudad no habrá templos; “Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella y el Cordero” (Ap 21:22). Creo que podríamos acelerar ese proceso. Hoy, nuestra escasez no es de templos, sino de qué hacer con ellos. Para algunos, el templo es muy santo y sagrado para ciertas actividades. Si desde ahora el Señor Dios todopoderoso y el Cordero son nuestros templos, entonces podemos pensar mejor sobre la respuesta a la pregunta, dónde está Dios en la ciudad. Él está donde nosotros estemos. Pero si nosotros no estuviéramos, ¿dejaría Él de estar? ¡Ciertamente no! Pero, si Dios está presente entre nosotros, entonces debemos tratar a cada uno con respeto, ya sean visitantes o extranjeros, que encontremos en nuestros caminos, porque ¿quien sabe si no estamos hospedando ángeles y no lo sabemos?

¿Qué quiere Dios que su iglesia sea en la ciudad?

A partir de esta reflexión comparto mis percepciones personales sobre el asunto y sobre como Dios desea que su comunidad sea en la ciudad. Esto es lo que pienso al respecto de lo que Dios anhela con respecto a la acción de la iglesia en la ciudad. Veo que Dios desea que su iglesia sea:

Un centro de hospitalidad para la ciudad. La visión de Dios en ese contexto es que su iglesia sea un lugar donde todos sean bien recibidos. En cualquier momento el extranjero sea bien recibido entre nosotros. Tenemos dos afirmaciones posibles. Cuando Jesús haga la llamada: Mateo 25:35 – muchos dirán: ¡presente! (“fui extranjero y me acogisteis”). También cuando Jesús haga la llamada: Mateo 25:43 – muchos dirán ¡presente! (“fui extranjero y vosotros no me acogisteis”). Un centro de hospitalidad es un lugar de bienvenidas. Un lugar donde las personas

se puedan sentir en casa. Esto va más allá de dar la bienvenida en las iglesias, sino tener toda una comunidad que demuestre atención con los extranjeros. Un centro de hospitalidad donde el solitario encuentre amistad y el confuso comprensión.

Un centro de refugio donde los de fuera, los extranjeros, los pobres, los débiles, los perseguidos y los no amados puedan *encontrar un santuario*. Esto nos hace recordar las ciudades refugio que Dios preparó en Israel en el Antiguo Testamento. Tal vez la palabra asilo pueda ser pertinente aquí. La iglesia ofrece asilo para personas que:

- Están pasando por situaciones de crisis;
- Están presionadas por la multitud de actividades de una vida cotidiana estresante;
- Están solas y sin amistades sólidas;
- Están confusas y no tienen a nadie que las escuche,
- Están hambrientas y sedientas de encontrar al verdadero Dios.

Muchas veces el hecho de disponer de un almacén de provisiones básicas demuestra nuestra preocupación por ser asilo para el desamparado. Revela nuestra intención de ser abrigo. Esto me hace recordar la historia, de un sacerdote católico de la ciudad de Los Ángeles, que un grupo de alumnos del *Fuller Theological Seminary* y yo fuimos a visitar cierta vez. Era parte de un ejercicio práctico de una clase de misión urbana y se escogió esa parroquia por estar realizando su misión en medio de la comunidad urbana, especialmente entre las pandillas de Los Ángeles. El sacerdote nos contó una historia conmovedora:

Cierta vez un hombre, que en el pasado había pertenecido a nuestra parroquia vino a visitarnos. Después de conversar un poco, me dijo. "Padre, fue aquí en esta parroquia donde fui bautizado, donde aprendí las cosas respecto a Dios y donde mi fe fue alimentada. A pesar de ello, hoy, en este lugar no veo ya una iglesia. ¡Mire aquel mendigo sentado allá al fondo! Y aquel lugar que solía ser una sala de oración, convertido en baños donde los mendigos se asean. Antes este lugar estaba organizado, ahora es un tumulto, un entrar y salir de gente. Esto parece más una carretera que una iglesia. Y, de hecho, esto solía ser una iglesia." El padre, sabiendo exactamente lo que pasaba por el corazón de aquel hombre, en lugar de responder o discutir, prefirió llamar a uno de aquellos miserables que allí estaban. Le dijo:"Pedro, podrías venir aquí un momento, por favor". Y Pedro vino, alegre y feliz. "Pedro", le preguntó el padre, "¿qué significa este lugar para ti? Ah, padre, este lugar es todo para mi. Yo me estaba muriendo debajo de un puente y cuando me trajeron para acá yo encontré una familia. Este lugar es la familia que yo nunca tuve". El padre agradeció a Pedro y lo despidió. En seguida llamó a una joven y le hizo la misma pregunta. Ella le dijo que aquel lugar le había salvado la vida, pues estaba embarazada, con riesgo para su vida, y allí había encontrado refugio para poder dar a luz al hijo que estaba en su vientre. El padre dió las gracias a la joven y la despidió. Igualmente hizo con algunas personas más. Al final se giró hacia el joven que dijo que aquel lugar solía ser una iglesia: "Mira, siento mucho que para ti este lugar *haya sido una iglesia*. Pero no lo siento ni un poco por todas estas personas que están aquí, pues para ellas, ésta es la única iglesia y

familia que poseen".

Está claro que no preciso decir que al oír aquella historia real, todos estábamos percibiendo que la comunidad se había convertido en un centro de hospitalidad, un centro de refugio, una ciudad santa para aquellos que habían perdido las esperanzas de vivir. Sé que podrás argumentar que nuestra tendencia es ir luego diciendo, como el joven de la historia: "eso no es una iglesia, es una jarana". La iglesia que no está al servicio de la vida y del prójimo no tiene el derecho de querer tener al prójimo dentro de ella. Uno de los grandes problemas que tenemos es que muchas de las personas que vienen a la iglesia son consecuencia de métodos de crecimiento de la iglesia y no resultado de acciones misericordiosas de su pueblo. Jesús estaba en lo cierto al decir: "Bienaventurados los misericordiosos, pues obtendrán misericordia" (Mt 5:7). ¡Quien fue alcanzado como fruto de la misericordia no puede ofrecer otra cosa que la propia misericordia!

Así como el faro está para el mar, así también está la iglesia para la ciudad.

Un centro de misericordia, esperanza y vida. La iglesia es Betesda, una casa de misericordia. Si existe un lugar en el mundo donde la vida debe recibir el máximo valor es en la iglesia, por medio de aquellos que siguen a Jesús. Nuestros legalismos y tradicionalismos sólo existen porque la vida no es nuestra prioridad. Cuando la vida está por encima de todo y ocupa la prioridad de nuestras agendas, es posible entonces coger espigas en sábado (Lc 6:1). Entonces, es posible curar a un hombre con la mano atrofiada el mismo sábado (Lc 6:6). Es sábado, sí, pero hay una mujer encorvada, con problemas en la columna desde hace unos dieciocho años, y ella salió curada (Lc 13:11). La vida está en primer lugar, aunque el líder esté "indignado porque Jesús había curado en sábado". El dirigente de la sinagoga dijo al pueblo: "Hay seis días en los que se debe trabajar. Vengan para ser curados en esos días, y no el sábado" (Lc 13:14). Frente a un hombre enfermo con el cuerpo hinchado (Lc 14:.1-2) Jesús hace la siguiente pregunta a los religiosos: "Si uno de vosotros tiene un asno o un buey, y este cae en un pozo el sábado, ¿no irá a sacarlo inmediatamente? (Lc 14:5). Su respuesta fue el silencio: " y no le podían replicar a estas cosas" (Lc 14:6). En lugar de posicionarse en función de la vida, eligieron la cobardía de la tradición. Es triste tener que llegar a esta conclusión por causa de las tradiciones: "Hoy es sábado, no te es lícito llevar tu lecho"(Jn 5:10).

Es necesario aprender lo que Jesús dice a los que le reprochaban su participación con los pecadores: "Id, pues, y aprended lo que significa esto: 'Misericordia quiero, y no sacrificio'. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores"(Mt 9:13; 12:7). Es posible hacer las cosas y hasta liderar la iglesia de Dios sin misericordia. Jesús dice: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque diezmáis la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello." (Mt 23:23).

Jesús tenía el deseo de que su casa fuese recordada como una casa de oración: "Mi casa es casa de oración" (Lc 19:46). ¿Cuál es el lugar de oración en esta reflexión? Por medio de la oración demostramos mi-

sericordia y esperanza a las personas, valorando sus vidas. La oración debería producir en nosotros un corazón más misericordioso, una boca que profiera esperanza para el otro. Una casa de oración es una casa de misericordia. Una casa de oración es una casa de esperanza. ¡Una casa de oración es una casa de vida!

Un centro señalizador del Reino. Así como el faro está para el mar, así también está la iglesia para la ciudad. La iglesia es llamada a ser "una señal de contradicción", así como lo fue Jesús. Simeón avisó y previno a María de que su hijo sería "una señal que será contradicha" (Lc 2:34). Esto significa desafiar las normas y valores de este mundo, como demostró en el sermón del monte.

La iglesia está en la ciudad y con la ciudad. Está junto con muchas otras instituciones, edificios, centros comerciales, entre los ricos y los pobres, los poderosos y los sin voz, siendo ella también una señal de contradicción – contra las cosas que son anti-humanas, desafiando los valores del mundo y aportando los valores del reino de Dios y su justicia. Una iglesia inclusiva y abierta, unida en la diversidad, una comunidad de la compasión. La única iglesia que realmente brilla a los ojos de Dios es aquella que fielmente cumple su misión donde Él la colocó. La que no cumple, brilla por su letrero luminoso con su nombre. La que cumple ha entendido que es llamada para ser luz del y en el mundo. Todavía, conforme elucida el Pacto de Lausana,

> *No podemos esperar alcanzar esta meta sin sacrificio. Todos nos sentimos sacudidos por la pobreza de millones de personas y perturbados por las injusticias que la causan. Los que vivimos en situaciones de riqueza aceptamos nuestro deber de desarrollar un estilo de vida simple a fin de contribuir más generosamente tanto a la ayuda material como a la evangelización. (LCWE,1974:9).*

Así como "no se puede esconder una ciudad construida sobre un monte" (Mt 5:14), de la misma forma no se puede esconder una iglesia que es misionera, pues ella brillará "delante de los hombres [mujeres], para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mt.5:16). Esta iglesia es como un faro que señala el camino, sí, el camino al reino de Dios.

Consideraciones Finales

Comenzamos nuestra reflexión distinguiendo dos localidades geográficas: el jardín del Edén y la nueva Jerusalén. Sabemos de dónde venimos, lo que hicimos y hacia dónde vamos. Venimos de un lugar proyectado para ser armonioso, que fue invadido por el pecado, y vamos hacia la nueva Jerusalén, la santa ciudad restaurada por Dios. Mientras no estemos allí, nuestro desafío es vivir en el *ya* de nuestra situación con los paradigmas del *todavía no*. Si vamos hacia allí, entonces vamos a traer *aquí* el *allí*. Nada de escapismos o de fugas. Seamos creyentes y oremos como Jesús nos enseñó: "venga tu reino; y hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra" (Mt. 6:10). No nos pueden pasar

desapercibidas las palabras *como en* y *así también en*. Así como la voluntad de Dios es plena en el cielo, de la misma forma será en la tierra. Esto nos recuerda otro 'así como': "así como el Padre me envió, yo os envío" (Jn. 20:21). Por eso, mientras no estemos en la nueva Jerusalén, nuestro deber misionero es vivir en la vieja Jerusalén (nuestro hoy) como si estuviésemos en la nueva Jerusalén. Somos como los patriarcas de la fe; "esperaban una patria mejor, esto es, la patria celestial. Por esa razón Dios no se avergüenza de ser llamado Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad." (Heb. 11:16).

Se hicieron tres preguntas:

- **¿Cómo ve Dios a la ciudad?** Él la ve (1) con ojos de amor, (2) como siendo suya, (3) con ojos compasivos y justos, y (4) con ojos que buscan y redimen a su creación.
- **¿Dónde está Dios en la ciudad?** Bien en medio de ella. Dios está con el quebrantado y confuso, con el aturdido y desorientado, con el débil y vulnerable, con el moribundo y en medio de las situaciones de muerte. Él no está cómodamente sentado en un sofá celestial, mirando la vida humana con un control remoto en sus manos. Él está aquí, en medio de la vida humana. Ese es el lugar donde la iglesia debe estar también.
- Y **¿qué quiere Dios que su iglesia sea en la ciudad?** ¡Un centro! Un centro no para si misma, sino para el otro. Un centro de hospitalidad. Un centro de refugio. Un centro de misericordia–esperanza–vida. Un centro señalizador del reino. Así como el faro está para el mar, así también está la iglesia para la ciudad.

Sabemos de dónde venimos, lo que hicimos y hacia dónde vamos. Mientras no estemos allí, nuestro desafío es vivir en el ya de nuestra situación con los paradigmas del todavía no.

¿Dónde está Dios? Él está aquí, en medio de nosotros y de todo. *¿Qué es su iglesia?* Un corazón que late en el corazón de la ciudad. Si ese corazón va a continuar latiendo o no, eso depende de nosotros. Esa fue la propuesta de Jeremías para los judíos que estaban exiliados en Babilonia, sin esperanza, rechazados, soñando un día volver a los viejos y gloriosos tiempos de Jerusalén y su templo. Jeremías les insta a dejar de pensar en el pasado y comenzar a vivir el presente, el aquí y ahora, en medio de una cultura y un pueblo extraño. Buscad lo bueno en medio de donde estéis. Construid casas y casaos, construid una comunidad, comprad y vended, es decir, vivid plenamente donde Dios os colocó. "Procurad la paz de la ciudad a la cual os hice transportar, y rogad por ella al Señor; porque en su paz tendréis vosotros paz" (Jr. 29:7).

Estamos todos en esta vida juntos. Estamos interconectados, inter–ligados, iglesia y ciudad. No somos entidades separadas, lado a lado. Las puertas de nuestras iglesias deben mirar a la ciudad y la ciudad debe mirar hacia las puertas de nuestras iglesias. Estamos ligados, juntos, y juntos debemos vivir. Nuestro bienestar depende también del bienestar de la ciudad y en la prosperidad de la ciudad también seremos prósperos. William Temple dijo que la iglesia que vive para si misma morirá por si misma. Y Jesús murió por el mundo, y no por la iglesia.

Dios continua mirando su criatura, reclamando de ella una respuesta a su pregunta: *¿Dónde estás?* Esta pregunta también sirve para la iglesia: *¿dónde está mi parroquia?* Que nuestra respuesta sea como

la de Juan Wesley, “El mundo es mi parroquia”. Que Dios nos ayude a ser un canal motivador para el desarrollo de la misión integral en el contexto de la ciudad.

Bibliografía sugerida:

Sugiero a continuación una lista bibliográfica que podrá ayudar a comprender más la cuestión de la Misión Integral en el contexto de la ciudad.

ANTONIAZZI, Alberto e Cleto CALIMAN org. *A Presença da igreja com na cidade*. Petrópolis: EditoraVozes, 1994;

BARRO, Jorge Henrique, (Org.). *O Pastor Urbano*. Londrina: Editora Descoberta, 2003;

BARRO, Jorge Henrique, (Org.). *Uma igreja sem propósitos*. São Paulo: Editora Mundo Cristão, 2004;

BARRO, Jorge Henrique. *Ações Pastorais da Igreja com a Cidade*. Londrina: Editora Descoberta, 2000;

BARRO, Jorge Henrique. *De Cidade em Cidade*. Londrina: Editora Descoberta, 2002;

BENEVOLO, Leonardo. *História da Cidade*. 3.a. Edição. São Paulo, SP: Editora Perspectiva S.A., 1997;

BOBSIN, Oneide, Org. *Desafios urbanos à igreja*. São Leopoldo, RS: Editora Sinodal, 1995;

BOLLE, Willi. *Fisiognomia da metrópole moderna: representação da história em Walter Benjamim*. 2.ed. São Paulo: EDUSP, 2000;

CAMPOS, Candido Malta. *Os rumos da cidade*. São Paulo: Editora Senac, 2002;

CARLOS, Ana Fani A. *A cidade*. São Paulo: Editora Contexto, 1992;

CASÉ, Paulo. *A cidade desvendada*. Rio de Janeiro: Ediouro Publicações, 2000;

CASTELLS, Manuel. *A questão urbana*. São Paulo: Paz e Terra, 1975.

CASTRO, Clóvis Pinto de. *A cidade é minha paróquia*. São Bernardo do Campo, SP.; EDITEO (Editora da Faculdade de Teologia da Igreja Metodista), 1996;

CASTRO, Clóvis Pinto de. *Por uma fé cidadã: a dimensão pública da igreja*. São Bernardo do Campo: UMESP e São Paulo: Edições Loyola, 2000;

CHOAY, Françoise. *O Urbanismo*. 4.a. Edição. São Paulo, SP: Editora Perspectiva S.A., 1997;

CNBB-REGIONAL SUL I. *A coordenação pasrtoral nos centros urbanos.* Petrópolis: Editora Vozes, 1997;

CNBB-REGIONAL SUL I. *O fenômeno urbano: Desafio para a pastoral.* Petrópolis: Editora Vozes, 1995;

COMBLIN, José. *Pastoral urbana*. Petrópolis: Editora Vozes, 1999;

COMBILN, José. Teologia da Cidade. São Paulo, SP: Edições Paulinas, 1991;

DAWSON, John. *Reconquiste Sua Cidade para Deus*. São Paulo, SP: Editora Betânia S/C, 1995;

FERNADEZ, José Cobo, org. *A Presença da igreja com na cidade II.* Petrópolis: Editora Vozez, 1997;

GOMES, *A condição urbana: Ensaios de Geopolítica da cidade*. Rio de Janeiro: Editora Bertrand Brasil, 2001;

HALL, Peter. *Cidades do Amanhã*. São Paulo, SP: Editora Perspectiva S.A., 1988;

HILLMAN, James. *Cidade & Alma*. São Paulo, SP: Livros Studio Nobel Ltda, 1993;

LEFEBVRE, Henri. *A revolução urbana*. Belo Horizonte: Editora UFMG, 1999;

MARX, Murillo. *Cidade no Brasil, Terra de Quem?* São Paulo, SP: EDUSP/Nobel, 1991;

OLALQUIAGA, Celeste. *Megalópolis: Sensibilidades Culturais Conteporâneas*. São Paulo, SP: Studio Nobel, 1992;

PALLAMIN, Vera M. org. *Cidade e cultura: esfera pública e transformação urbana*. São Paulo: Editora Estação Liberdade, 2002;

ROLNIK, Raquel. *O que é a cidade*. 3.a. São Paulo: Editora Brasiliense, 1994;

SANTOS, Milton. *O espaço do cidadão*. 4.ed. São Paulo, SP: Livros Studio Nobel Ltda, 1998;

SASSEN, Saskia. *As Cidades na Economia Mundial.* São Paulo, SP: Studio Nobel, 1998;

SCARLON, A. Clark. *Cristo na cidade*. Rio de Janeiro: JUERP, 1978.

SPOSITO, Maria Encarnação Beltrão, org. *Urbanização e cidades: perspectivas geográficas*. UNESP: Presidente Prudente, 2001;

SPOSITO, Maria Encarnação Beltrão. *Capitalismo e urbanização*. São Paulo: Editora Contexto, 1998;

VELHO, Gilberto. *Antropologia urbana*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor, 1999.